



El Pesebre

La señal silenciosa del Cordero

Por Rodrigo G. Llanos Gómez

Jesucristo no nació en un lugar indiferente. El Evangelio de san Lucas narra con sobriedad que María “lo envolvió en pañales y lo acostó en un pesebre, porque no había lugar para ellos en el mesón”. La frase parece sencilla y doméstica; sin embargo, contiene una profundidad teológica que la tradición cristiana ha contemplado durante siglos.

El pesebre no es solo un detalle narrativo del nacimiento. Es una señal. Allí donde el mundo podría ver precariedad, la fe descubre revelación. Allí donde parece haber abandono, estamos ante la pedagogía divina. Dios no entra en la historia por la vía del poder visible, lo hace a través de la pobreza y la ternura.

La palabra griega utilizada por Lucas es *phatnē*, que designa un lugar destinado a alimentar animales. En la región de Belén, los pesebres no respondían necesariamente a la imagen de madera que suele representar la imaginación moderna.. Con frecuencia podían ser cavidades asociadas a cuevas o espacios de resguardo para los rebaños. Esta imagen permite comprender con mayor hondura la escena del nacimiento: el Hijo de Dios es colocado en el lugar donde se alimenta y custodia la vida humilde del rebaño.

Belén no era un punto cualquiera en la geografía bíblica. Su cercanía con Jerusalén la vincula naturalmente con el mundo del Templo, de los pastores y de los corderos destinados al sacrificio. La Ley exigía que esos corderos fueran sin defecto, cuidadosamente separados y examinados. A la luz de esa tradición, el pesebre adquiere una resonancia profética: el Niño recostado allí es ya presentado, silenciosamente, como el Cordero que será ofrecido por la salvación del mundo.

San Juan Bautista lo dirá más tarde junto al Jordán: “He aquí el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo”. Esa afirmación no nace en el vacío. Recoge la memoria del cordero pascual, la liberación de Egipto, los sacrificios de Israel y la figura del siervo sufriente anunciado por Isaías, llevado como cordero al matadero. Toda esa historia converge en Cristo. Él no solo anuncia la redención; Él mismo es la redención ofrecida.

Por eso, el pesebre no debe reducirse a una imagen tierna de Navidad. Es también una anticipación de la Pascua. El Niño envuelto en pañales será el Crucificado envuelto en lienzos. El cuerpo recostado en el pesebre será



el cuerpo entregado en la cruz. La pobreza de Belén y la desnudez del Calvario pertenecen al mismo misterio: Dios salva no desde la distancia, sino entrando hasta el fondo en la fragilidad humana.

También el nombre de Belén ilumina el relato. *Beit Lejem* significa “Casa del Pan”. Allí nace Aquel que dirá de sí mismo: “Yo soy el pan de vida”. El Pan bajado del cielo nace en la Casa del Pan. Esta correspondencia no es un simple recurso literario; expresa la unidad profunda de la revelación. Cristo será alimento para la vida del mundo. Nace en la humildad de un pesebre y culminará su entrega en la Eucaristía, donde su cuerpo se ofrece como verdadero pan.

Así, el nacimiento de Jesús reúne dos grandes imágenes bíblicas: el pan y el cordero. Como Pan, Cristo alimenta. Como Cordero, se entrega. Como Pan, comunica vida. Como Cordero, quita el pecado. En Belén se anuncia ya la lógica entera de su misión: Dios viene al mundo para darse.

La Navidad no es una escena sentimental separada de la cruz. Es el comienzo visible de una entrega que recorrerá toda la vida de Jesús. Desde el pesebre hasta el Calvario, Cristo vive orientado al amor obediente al Padre y a la salvación del hombre. La Encarnación no es solo la entrada de Dios en la historia; es el inicio de su abajamiento redentor.

En este sentido, el pesebre revela la forma propia de Dios. El Señor no se manifiesta como dominio que aplasta, sino como amor que se abaja. No nace en el centro del poder político ni en la comodidad de los grandes. Nace fuera del espacio disponible, en la sencillez de una familia pobre. Pero esa pobreza no es vacío de sentido. Es lenguaje divino.

La frase de Lucas —“no había lugar para ellos”— puede leerse también como una dolorosa síntesis espiritual. No había lugar en el mesón, pero tampoco lo habrá muchas veces en el corazón humano. El mismo mundo que no encuentra sitio para su nacimiento terminará rechazándolo en la cruz. Sin embargo, Dios no responde al rechazo con violencia, sino con mayor entrega.

El pesebre muestra, desde el primer instante, que la salvación cristiana no nace de la fuerza, sino de la humildad. Cristo no viene como conquistador, sino como niño. No exige ser servido, sino que se deja cuidar. No ocupa el lugar de los poderosos, sino el de los pequeños. Y precisamente ahí se revela la grandeza de Dios.



La tradición cristiana ha contemplado con razón este signo: el mundo vio a un niño recostado en un pesebre; la fe reconoce al Pan vivo y al Cordero sin mancha. Lo que parecía pobreza era revelación. Lo que parecía circunstancial era un anuncio. Lo que parecía fragilidad era el comienzo de la redención.

Por eso, el pesebre no es solo el lugar donde María acostó a Jesús. Es una primera proclamación silenciosa de su identidad y de su misión. Allí se anuncia que Dios ha venido a alimentar al hombre con su propia vida y a cargar sobre sí el pecado del mundo.

La Navidad, contemplada desde esta hondura, no queda reducida a una escena entrañable. Es ya misterio de salvación. Belén anuncia, de modo humilde y silencioso, la entrega que alcanzará su plenitud en Jerusalén. El pesebre no sustituye a la cruz, pero la anticipa como signo: allí donde el mundo ve fragilidad, la fe reconoce al Pan vivo y al Cordero que viene a quitar el pecado del mundo.

24 de diciembre 2025

